SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 26 DE FEBRERO DE 2006
Turismo 12

TIEMPOS PATAGONICOS

En Chubut, los milenarios alerces y la centenaria Esquel. Y en Santa Cruz, un bosque petrificado hace millones de años.

POR JULIAN VARSAVSKY

La mayor parte de los viajeros que llegan hasta el fin del continente para conocer los glaciares regresan a su casa luego de una corta estadía. Aunque deslumbrante como el brillo del hielo, esa breve visita impide conocer los sorprendentes paisajes amplios y resecos que rodean a El Calafate. Uno de ellos es el Bosque Petrificado La Leona –no confundirlo con aquel otro más famoso ubicado al noreste de la provincia–, cuya extraña belleza justifica de sobra agregarle un día más al tradicional viaje al pueblo de los glaciares.

El Bosque Petrificado está en las tierras de la estancia Santa Teresita, a 120 kilómetros al norte de El Calafate. La mayor parte del trayecto es por la mítica ruta 40, que divide en dos mitades la inmensidad de la meseta patagónica. A cada costado de la ruta de ripio se extiende la mismísima nada y ningún obstáculo interrumpe la mirada hacia cualquiera de los puntos cardinales. Es la estepa patagónica en toda su dimensión, con una planicie cubierta por los pastos dorados del coirón y los arbustos de calafate, mata negra y mata gris.

El guía explica a los viajeros los fenómenos naturales que están implícitos en el paisaje. La meseta patagónica se extiende desde el río Colorado, en la provincia de Río Negro, hasta Tierra del Fuego, y ocupa la tercera parte del país. Y de oeste a este va desde la Cordillera de los Andes hasta la costa atlántica, descendiendo de manera escalonada. La línea cordillerana está cubierta por la vegetación del bosque andinopatagónico, pero inmediatamente a partir de allí la geografía sufre un cambio brusco y la aridez del paisaje es casi total. Esto no fue siempre así, es una consecuencia de los desplazamientos geológicos que se produjeron hace 65 millones de años, cuando la placa de Nazca –el fondo del Océano Pacífico–colisionó contra la placa continental sudamericana y se metió por debajo de ella, dando origen a la Cordillera de los Andes. Este fenómeno ocasionó el tremendo cambio climático que transformó el color del paisaje. Las corrientes de aire que llegan del Pacífico se elevan al chocar con las montañas, se enfrían al ganar altura y su humedad se condensa precipitándose en forma de lluvia en la franja de la cordillera propiciando el surgimiento de los bosques montañosos que proliferan sobre las laderas y a sus pies. No ocurre así en la meseta, porque al llegar allí el aire ya descargó toda su humedad sobre los Andes. Por eso casi nunca llueve en la planicie. En esa extrema aridez sólo sobrevive la mezquina vegetación xerófila adaptada a absorber la poca humedad del ambiente.


La naturaleza no hizo leña del árbol caído, lo transformó en piedra.

EL CALAFATE *El bosque petrificado La Leona*

Arboles de piedra

Excursión desde El Calafate hasta un bosque de grandes troncos petrificados que hace millones de años sostuvieron las copas de verdes árboles. Un viaje a la era cretácica a través de la solitaria inmensidad de la estepa patagónica. Y la extraña sensación de caminar por senderos donde aparecen al paso huesos de dinosaurio.

PUESTO SOLITARIO Después de una hora de viaje, se llega a un paraje junto al río La Leona –un lugar histórico donde una vez un puma casi se come al Perito Moreno–, que parece un puesto perdido como los de las películas del Lejano Oeste. Se trata de una casa solitaria con paredes de adobe y techo de chapa a dos aguas, que en 1916 era un boliche de campo y hotel utilizado como punto de paso para los habitantes y trabajadores de las estancias patagónicas. Aquí se dejaban mensajes y encomiendas para los pobladores de la zona que vivían aislados del mundo del otro lado del río. Luego de un café, té o chocolate en el singular puesto, se cruza el puente sobre el río La Leona –que une los lagos Viedma y Argentino- hasta alcanzar la tranquera de la estancia donde una mulita está casi siempre a la vista, como esperando a los visitantes. Y cada tanto aparece también alguna tropilla de guanacos o una familia de choiques con sus charitos a la cola.

Al borde mismo de una meseta se abandona el vehículo para iniciar la caminata de 4 kilómetros hacia ese paisaje de la era cretácica tardía, (entre 65 y 90 millones de años atrás). De improviso aparece ante los ojos una gran depresión de 800 hectáreas que se hunde en el terreno como un cráter lunar. Al descender al interior de este arbitrario laberinto sin líneas rectas se descubren las formas caprichosas de un terreno con subidas y bajadas entre cañadones de arenisca cincelados por el viento y un río que desapareció hace 65 millones de años.

LOS FOSILES El primer hallazgo que sorprende a todo el mundo es un hueso petrificado de 1,5 metro de largo que surgió a la superficie por la erosión. Y más adelante hay un bosquecito de troncos también petrificados que mantienen su forma original. En esos fósiles se ven los anillos que permiten contar los "pocos" años de vida que tuvieron cuando eran verdes árboles hace 90 millones de años. Los troncos están desperdigados por todo el terreno y algunos fragmentos tienen 1,20 metro de diámetro por 1,5 de largo. En total se observan unos veinte troncos bien definidos en su forma que parecen reliquias de un tiempo inconcebible para los mortales. Luego de un rato de caminata ya todo el mundo aprende a identificar los restos fósiles y se dan cuenta de que en verdad hay miles de fragmentos petrificados por doquier. Ante la perplejidad de que todos estos árboles y animales pudieran haber vivido en medio de tanta aridez, sin alimento y sin agua, el guía explica que antes de que se levantara la cordillera como una barrera para los vientos húmedos, aquí había una densa vegetación donde proliferaba una rica fauna, entre ellos los dinosaurios.

En el bosque de La Leona el paleontólogo del Museo Bernardino


Para evitar daños en el frágil paisaje, los visitantes deben caminar en fila india.



Las extrañas formaciones de un misterioso lugar de la estepa patagónica.

LA FOSILIZACION

Para que un hueso se fosilice es fundamental que rápidamente quede sepultado bajo tierra y capas de sedimento, tal como ocurre cuando se producen un alud, un derrumbe, una inundación, o la caída de ceniza volcánica. Por eso los mejores yacimientos están cerca de antiguos ríos, lagos y costas marítimas que ya no existen. El agua de lluvia penetra en la tierra y trae consigo minerales que se van filtrando en los huesos y los troncos. Luego los minerales se deshidratan, se cristalizan y comienza así un lento proceso de reemplazo molecular del material orgánico por otro inorgánico. La forma original casi no cambia, pero lo que queda es una roca moldeada por el hueso o el tronco original. Los troncos son de sílice casi puro –por eso su color como la arena–, mientras que los huesos son más negruscos porque todavía tienen restos de carbono.

Rivadavia en Buenos Aires, Fernando Novas, encontró el esqueleto casi competo de un dinosaurio desconocido hasta el momento, que medía 4 metros de largo por 1,30 de alzada y es conocido hoy como Talenkahuen santacrucensis (se lo puede observar en el famoso museo porteño en Parque Centenario).

El otro hallazgo importante que se hizo en el lugar es una vértebra de una especie desconocida que mide 1,70 metro de ancho, muy llamativa porque es 50 centímetros mayor que las vértebras del Argentinosaurus huenculensis, el más grande encontrado hasta ahora.

Para evitar daños en el frágil paisaje, los visitantes deben caminar en fila india por un sendero determinado, lo cual permite también controlar que nadie se lleve un souvenir.

¿Por qué hay en este sector relativamente pequeño del terreno tal cantidad de fósiles? La clave está en que era el lecho de un río a cuya vera crecían árboles y se acercaban manadas de dinosaurios a abrevar y comer. En un período de tiempo que va desde 65 a 90 millones de años atrás, aquí vivieron y murieron incontables especies. Cada crecida del río arrastraba los restos de animales y vegetales que luego eran cubiertos por sedimentos traídos por el agua. Este proceso es necesario para que se produzca la fosilización (los expertos identifican claramente las huellas de cada crecida). Las capas de sedimento se fueron acumulando sobre las anteriores hasta cubrir unos 600 metros de altura. Durante las glaciaciones, sobre esas capas se levantaron hielos de mil metros de altura, reduciendo casi a cero cualquier clase de vida. Tanta presión sobre el terreno transformó las profundidades en roca sedimentaria. Después de que los hielos se retiraron hacia la cordillera, la erosión eólica e hídrica sacaron a la luz los centenares de troncos y huesos fosilizados que de lo contrario hubieran quedado enterrados para toda la eternidad



Un terreno con subidas y bajadas entre cañadones de arenisca.

DATOS UTILES

Excursión: La empresa que ofrece la excursión a La Leona es Andes Expeditions. Se realiza desde octubre a abril, entre las 8.30 de la mañana y las 17.30. El precio es de $ 165 e incluye una vianda para el almuerzo (mínimo dos pasajeros). La excursión también se puede realizar con vehículo propio sumándose a una excursión guiada ($ 75, sin la vianda). No está permitida la entrada sin guía. Teléfono 02902-492075 Sitio web: *www.losglaciares.com/bosquepetrificado*

Dónde alojarse: En el Hotel Quijote, decorado al estilo de una estancia, la habitación doble cuesta $ 435 con desayuno. Sitio web: *www.hielos.com.ar* - Tel.: 02902-491054.

Dónde comer: El Puesto es un restaurante estilo campo donde se puede comer una cazuela sureña de cordero, carne vacuna, cebolla, morrón, zanahoria y tomate ($ 18), trucha arco iris a la manteca negra ($ 22) y medallón de lomo a la plancha con salsa de vino malbec y pimienta negra ($ 22). Está en la esquina de Gob. Moyano y 9 de Julio, El Calafate. Reservas al 491620.

Esquel sopla cien velas

POR GRACIELA CUTULI

Colonias galesas, el antiguo expreso patagónico y los increíbles bosques de alerces. Milenaria en naturaleza, Esquel cumple un siglo de su fundación, verdadera punta de lanza de los pioneros patagónicos. Excursiones por el Parque Nacional, pesca, cabalgatas y navegación por los lagos.



Encantadora, limpia y ordenada, Esquel festeja su centenario sin arrugas.



Si de longevidad se trata, el milenario alerce le gana por lejos a la capital de Chubut.


El magnífico Parque Nacional Los Alerces. Excursiones por el bosque y los lagos.

Esquel vivió anoche la culminación de una semana entera de festejos. Es que no todos los días se cumplen cien años. Al pie de los Andes, la ciudad perdió su carácter de pionera para vibrar al ritmo del rock a lo largo de la noche durante la cual sopló sus primeras cien velitas. Música, pero también deportes, exposiciones y hasta el lanzamiento de una estampilla postal figuran en el programa de festejos con más de cien actividades y eventos.

Cien años será mucho o poco, pero para los alerces del Parque Nacional vecino, la ciudad es apenas una hermana menor. El alerzal milenario, con árboles que ya cumplieron varias veces cien años, es un atractivo único en todo el mundo, y uno de los mejores motivos para visitar Esquel. Se cree que algunos tienen entre 2000 y 3000 años. Un buen ejemplo de longevidad para la ciudad.

CIEN AÑOS SIN ARRUGAS

Cuando empezaron a brotar, la idea de una ciudad no pasaba por la mente de los indígenas que vivían en las comarcas andinas. Pero el valle de Esquel, encerrado entre el Cordón Esquel, el cerro Nahuel Pan, la Cordillera y el Cordón Rivadavia, ya era un lugar de campamento de los viajeros indígenas en sus andanzas por el norte de la Patagonia andina. En 1890, los primeros pioneros llegaron desde la costa atlántica para cultivar los fértiles campos del valle y criar animales. Venían de la lejana Gales, y habían remontado el Valle del Chubut hasta los Andes. En 1902 fundaron Trevelin, el pueblito del molino, que hoy todavía conserva su alma galesa, y pasó de ser el hermano mayor de Esquel a hermano menor de la ciudad nacida más tarde.

El caserío formado por los primeros pioneros en el valle de Esquel se transformó en pueblo primero, hasta que en 1904 se realizó la mensura y demarcación de una futura ciudad, que pasó a figurar en los mapas con el nombre de Esquel. Esta denominación es un regalo de los primeros habitantes del valle, los tehuelches, y significa "abrojal". Dos años más tarde, el 26 de febrero, se realizó la primera comunicación telegráfica entre la flamante Esquel y Neuquén capital. Este momento histórico se considera desde entonces como la fecha aniversario de la fundación de la ciudad. Años después, su extrema tranquilidad se vería conmocionada por la llegada del tren, símbolo de la creciente prosperidad del valle. Desde 1945, la Trochita acompaña los altibajos de la historia y el desarrollo Esquel, a la imagen de la economía de la región. Otrora polo de producción lanera, Esquel apuesta hoy por el turismo y multiplica las propuestas tanto en verano como en invierno.

Más allá de los shows, el verdadero festejo en Esquel lo da la naturaleza, sin necesidad de cumpleaños. Ya sea para caminatas en el Parque Nacional Los Alerces, salidas de pesca con mosca en los ríos y lagos, turismo aventura, un recorrido a bordo del tren más emblemático del hemisferio sur o veladas en las casas de té galesas. Cuando se apretó el botón del telégrafo, hace cien años, no se pensaba que en el 2006 la ciudad recibiría más de 750 visitantes por día y se impondría en los mapas como un destino de turismo creciente en la Patagonia andina.

Acompañando los festejos de sus cien años, Esquel se muestra este verano más limpia y ordenada que nunca. Festeja su centenario sin arrugas, y con una cara nueva. La ciudad ha desarrollado muchos esfuerzos para lucirse y mostrarse bajo su mejor aspecto: los bulevares centrales fueron florecidos y se renovaron los espacios verdes, el edificio municipal fue remozado y exhibe su fachada como en sus mejores épocas y se está construyendo un nuevo centro cultural, una obra que acompaña las múltiples construcciones que se están realizando para acompañar el fuerte desarrollo del turismo.

AVENTURAS EN EL PARQUE

Si bien la historia de Esquel es reciente, y su historia turística más reciente todavía, la ciudad es la puerta de acceso a uno de los rincones más lindos de los Andes patagónicos. El Parque Nacional Los Alerces es el plato fuerte de todo un menú de propuestas y excursiones. Fue creado en 1937, sobre unas 263.000 hectáreas de montañas salpicadas de lagos, ríos y selvas. El alerce es una enorme conífera que alcanza los 60 metros de altura y crece en zonas muy húmedas. En Puerto Sagrario, en una de las extremidades del lago Menéndez, se visita el Alerzal Milenario, que concentra muchos ejemplares colosales. El Abuelo, uno de los más famosos, es un alerce que tiene 2600 años. Hace falta todo un grupo de personas para abrazarlo y es la foto obligada que cada visitante se lleva de recuerdo del parque. Se llega hasta este alerzal por vía lacustre, en una excursión que dura varias horas y combina navegaciones y caminatas. Se navega por el lago Futalaufquen, el río Arrayanes y el lago Verde. Luego de desembarcar y caminar menos de un kilómetro en el bosque, se reembarca en el lago Menéndez, para cruzarlo hasta el alerzal, con los Andes como telón de fondo.

El parque se puede visitar gracias a una red de más de cien kilómetros de senderos. Hay terrenos de camping, hosterías y cabañas a orillas del Futalaufquen, el más grande de los espejos del parque. En Villa Futalaufquen, una pequeña villa en la entrada, donde se encuentra también la intendencia, hay un centro de interpretación para preparar mejor la estadía y conocer más acerca de sus relieves, fauna y flora. También da importante información sobre el nivel de dificultad de cada sendero.

Caminatas, pero también escalada, rafting, cabalgatas, mountain bike, rappel y mucho más, son las actividades de aventura que se pueden realizar en este paraíso patagónico. En Esquel hay varias agencias que organizan salidas de este tipo y también excursiones de pesca con mosca.

Una de las salidas de aventura más singulares es la escalada del glaciar colgante del cerro Torrecillas. Se trata de una lengua de hielo que cae a lo largo de 300 metros y que atrae a muchos andinistas de paso por el parque. Los trekkers a su vez prefieren el hermoso paseo de más de 30 kilómetros que sigue el sendero al borde de la orilla este del Futalaufquen. También se realizan salidas que combinan trekking y montañismo a los cerros Cocinero y La Torta (cuyos nombres se dirían elegidos por fanáticos de la cocina galesa). La Ruta 71, que cruza el parque desde Cholila, es a su vez uno de los circuitos preferidos para salidas en mountain bike.

SALMONES Y CABALLOS

Dentro y fuera del parque, la pesca es una de las otras opciones de actividades que se realizan en Esquel. Se practica casi exclusivamente una modalidad llamada pesca con mosca y es obligatorio el "catch and release", es decir, que se devuelven los peces al agua luego de atraparlos. La pesca con mosca utiliza anzuelos menos dañinos que la pesca convencional y, en teoría, los peces devueltos al agua tienen grandes posibilidades de sobrevivir. La temporada comenzó el 1º de noviembre y se prolonga según las zonas hasta entrado el otoño.

Una de las características de las aguas de la región de Esquel es que, a diferencia de todas las cuencas de la Argentina, el río Futaleufú que desagota los lagos del parque desemboca en el Pacífico. Gracias al Perito Moreno, que defendió la frontera con Chile por las altas cumbres andinas, Esquel y su región son argentinas (la presencia de los colonos galeses también influyó mucho en el afianzamiento de la zona en nuestro país). Es por eso que es posible pescar salmones del Pacífico en los ríos de Esquel.

>>>

DATOS UTILES

- Festejos del centenario: la mayoría de los actos y los eventos cierran hoy. Sin embargo, la muestra fotográfica "Las 100 fotos por los 100 años" sigue por varios días más.
- Algunos datos: Esquel se encuentra a 1900 kilómetros de Buenos Aires. Está ubicada a 560 metros de altura y tiene 28.000 habitantes. Más información en la oficina de información turística: Avenida Alvear y Sarmiento. Tel.: (02945) 451927.
- Parque Nacional Los Alerces: abierto todo el año. Tel. (02945) 471015/1020. La excursión al Alerzal Milenario dura nueve horas y cuesta $90. Para salidas de aventuras en el Parque: Agencia Quehumanque, *quehumanque@speedy.com.ar*, 02945- 451869.
- Cabalgatas al Cerro Nahuel Pan, a Cholila y Chile: Chacra los Alamos, 02945-451791, *chacralosalamos@yahoo.com.ar*
- La Trochita: consultar por viajes especiales a El Maitén. Hay dos salidas diarias a Nahuel Pan. El viaje ida y vuelta cuesta $25.
- En Internet: *www.esquel.gov.ar*, *www.latrochita.org* y *www.trevelin.org*


El vibrante color rojo de la rosa mosqueta.


Puro humo. Un paseo inolvidable en el mítico tren de La Trochita a través de la estepa.

<<<

Esta pesca tiene fama internacional y pescadores de todo el mundo están dispuestos a pagar sumas considerables para esta experiencia. Además de salmones, se pescan truchas arco iris y truchas marrones.

Otra opción que se realiza fuera del parque son las cabalgatas hasta el cerro Nahuel Pan, donde ya el paisaje está dominado por la estepa, y hasta Cholila, al norte de la provincia de Chubut. Llegando a este pueblito a caballo, se pueden revivir las épocas en las cuales, a principios del siglo XX, una banda de marginales norteamericanos se refugiaron en lo que era sin duda uno de los mejores escondites del planeta. Butch Cassidy, Sundance Kid y su compañera Etta Place estuvieron en una cabaña de madera (que se visita pero que está en un estado muy precario de conservación) de Cholila desde 1902 hasta 1905, para escapar de la justicia de Estados Unidos, y desde allí organizaron varios asaltos en todo el norte de la Patagonia. La cabalgata tras sus huellas dura varios días, cruzando estepas y montañas. Otra cabalgata más extensa permite llegar hasta Chile, cruzando los Andes en unos ocho días.

RECUERDOS GALESES A menos de 25 kilómetros del centro de Esquel, por ruta asfaltada, Trevelin es un paseo que no se puede perder. La gran mayoría de sus habitantes son descendientes directos de los colonos galeses que llegaron en 1902. Mantienen no sólo las tradiciones gastronómicas (el té y las tortas negras) y culturales (como el Eisteddfod, un concurso de poesía que se realiza cada año y cuyo premio es un sillón), sino también el idioma de sus antepasados. Esto hace de este rincón lejano de la lejana Patagonia uno de los únicos lugares en el mundo donde se habla galés fuera del País de Gales. En Trevelin se puede visitar el establecimiento dedicado a esta inmigración, el Museo Galés, con muchos recuerdos, fotos y objetos de los primeros tiempos del pueblo y la llegada de los colonos. También rememora el episodio épico de los 29 rifleros, los 29 hombres que llegaron a la zona en reconocimiento y vivieron varias aventuras en su camino desde la costa atlántica. El museo está instalado en el edificio que le dio su nombre al pueblo. También hay que ver la austera capilla Bethel, construida en 1910, y el Museo Cartref Taid, que recrea la vida cotidiana de uno de los primeros colonos, John Daniel Evans.


El Abuelo, uno de los más famosos alerces del parque, tiene 2600 años.

En las afueras de Trevelin, uno de los más lindos paseos es el que se hace en Nant y Fall, una reserva natural provincial donde se camina hasta varios saltos de agua de hasta 60 metros de altura, muy fotogénicos. Otra excursión es a la comunidad mapuche de Lago Rosario, a unos 22 kilómetros del pueblo, donde se visita la Casa de las Artesanas, y donde se pesca todo el año en el lago homónimo.

EXPRESO LENTO Esquel también es conocida por su centro de esquí, que se agranda invierno tras invierno. Para los festejos de los cien años de la ciudad, el centro de La Hoya está instalando una nueva silla cuádruple, que se inaugurará este invierno. Pero entre todos los atractivos locales el mayor y más conocido internacionalmente es el trencito a vapor La Trochita o el Viejo Expreso Patagónico. Es un tren de trocha angosta, de 75 centímetros, que originalmente recorría la estepa del norte de Chubut y Río Negro. Las viejas locomotoras de vapor fueron construidas en Bélgica y Estados Unidos en los años 20 y siguen empujando los vagones donde el viaje se hace más en el tiempo que en el espacio.

La Trochita llegó a Esquel en 1945, como símbolo de progreso, prosperidad y comunicación con el resto del país. Su edad de oro fue de corta duración, porque el ramal vivió las mismas desgracias que el resto de los ferrocarriles argentinos. Mientras en otras partes del mundo los trenes volvieron a ser opciones de transporte, La Trochita vio cómo su ramal se achicaba cada vez más. Actualmente recorre nada más que algunos kilómetros entre Esquel y Nahuel Pan, una estación perdida en el medio de las mesetas áridas de la Patagonia, donde una comunidad indígena fue instalada en las casas de la estación, hechas de durmientes que sobraban de las vías. Otro convoy sale de El Maitén y en ocasiones especiales se hace un recorrido entre ambas estaciones. Pero no se llega más a Ingeniero Jacobacci, en Río Negro, desde donde La Trochita salía hasta 1993 rumbo a su recorrido original.

Desde Esquel, el tren parte todos los días a las 9 y a las 14 hasta Nahuel Pan, para completar un viaje de 20 kilómetros y 80 años. Se embarca en vagones estrechos, con asientos de madera y calentados por un horno a leña. El tren fue protagonista de una novela del escritor viajero norteamericano Paul Théroux, que le dio enorme fama entre los países anglosajones y le valió su mote de "Old Patagonian Express". Un expreso, por cierto, muy lento, que no supera las pocas decenas de kilómetros por hora.

Mientras la ciudad festeja esta semana sus cien años, La Trochita festejó el año pasado 60 años. Hay muchos proyectos para volver a hacerla circular sobre su ramal entero, impulsados por el auge del turismo y su renombre creciente en el mundo. Se espera que no haya que esperar otros cien años de Esquel y otros 60 años del tren para verlos concretados. Porque si se celebra cien años, ¿por qué no también ciento uno, y con el regreso de La Trochita en todo su esplendor como motivo de festejos?

PROPUESTAS EN EL CENTRO

Si bien se llega a Esquel para visitar el Parque Nacional Los Alerces, para esquiar en La Hoya en invierno, o para conocer la región, desde Cholila hasta Trevelin, y sobre todo subirse a La Trochita, la ciudad realiza esfuerzos para proponer alternativas nuevas con la creación de museos y un flamante centro cultural.

El Museo de las Culturas Originarias retraza la historia de los pueblos indígenas de la región en sus dos salas. Se ven objetos, tejidos, instrumentos musicales, piezas de platería y una muestra de fotos sobre la vida cotidiana de las comunidades mapuches.

Menos convencional, el Museo de Arte Naïf es una muestra de diferentes artistas de la región, que producen obras de esta corriente artística cuyo máximo esplendor lo encontró en Haití, algo así como las antípodas de Esquel. Además hay que visitar la Capilla Seion (inaugurada el 31 de enero de 1904), una de las 34 construidas a lo largo de todo el valle por los colonos galeses entre 1865 y 1923. Hoy quedan nada más que 16, pero también son restauradas y reivindicadas como un patrimonio cultural e histórico.

Testigo de otra comunidad que emigró en la región, luego de los pioneros galeses, el Museo Lituano rescata la historia de los lituanos que se asentaron en el Chubut.

Guadalupe Lombardo

Balnearios de blanca arena en las costas de Concepción del Uruguay.

ENTRE RIOS *Verano en Concepción del Uruguay*

Riberas de un río agitado

El verano sigue plácidamente su curso en las orillas del río Uruguay, cuyas playas y balnearios invitan a disfrutar de las aguas que fluyen, al margen del conflicto papelero. En los alrededores de Concepción del Uruguay, islas, campings y una estancia para una estadía rural.

La costa entrerriana del río Uruguay tiene buenas playas de aguas mansas, arenas blancas y aire puro que, tal como se ha puesto en evidencia con el conflicto papelero, sus pobladores están muy dispuestos a preservar. Si se toma como punto de partida la ciudad de Concepción del Uruguay, bien vale la pena conocer las islas y balnearios que están en su ribera sobre el río en cuestión.

ISLAS Y CAMPING Embarcados en catamarán o lanchones, los visitantes pueden pasar el día en la Isla Cambacúa, ubicada frente a la Isla del Puerto para disfrutar de sus 5 kilómetros de playas de suaves pendientes que forman un gran banco de arenas blancas. La isla cuenta con servicios de cantina, comedor y sanitarios. Es una agradable excursión para programarla durante la estadía en Concepción del Uruguay o en alguno de los campings próximos a la ciudad. Entre ellos, el balneario camping Banco Pelay, a sólo 5 kilómetros de Concepción, en la costa oeste del Río de los Pájaros que, además de la infraestructura necesaria para unas vacaciones en carpa, dispone de bungalows sobre la playa, en la zona del acceso al balneario. Los bungalows tienen cochera, cocina-comedor equipados, dos dormitorios con ropa de cama, baño, una pequeña terraza y cuentan con servicio de limpieza y parrillero. Otra opción es instalarse en el camping Paso Vera, ubicado sobre la ribera del río Uruguay, en cuyo predio se conservan grandes extensiones de selva en galería, hábitat natural de numerosas especies que el visitante podrá identificar reconociendo sus huellas o cantos en una caminata por senderos prolijamente delimitados para no afectar el medio ambiente. Pero hay más alternativas: el camping El Viejo Molino, sobre el arroyo Urquiza, con un dique artificial y capacidad para 200 carpas, y el camping Itapé, ubicado a la vera del riacho Itapé, un lugar histórico, ya que por el año 1914 fue el escenario del Combate Naval del Arroyo de la China entre naves españolas y criollas.

TURISMO RURAL A 260 kilómetros de Buenos Aires, y muy cerca de la ciudad entrerriana de Concepción del Uruguay, la estancia El Vigilante es una buena base para recorrer los diferentes destinos turísticos de la zona, entre ellos el famoso Palacio San José, que perteneció al general Urquiza. A diferencia de otros establecimientos rurales, esta estancia ofrece la posibilidad de utilizarla como hotel (sin las comidas, salvo el desayuno), lo cual es ideal para quienes desean alternar días de playa y de pesca con la visita al Palmar de Colón.

Además de excursiones y paseos por el corredor turístico del río Uruguay, los huéspedes podrán conocer las actividades agrícologanaderas que se vienen desarrollando en El Vigilante desde 1928, cuando el padre de los dueños actuales adquirió mil hectáreas de una estancia mucho mayor, precisamente donde estaba el puesto de vigilancia del latifundio original. A 200 metros del casco central, de estilo californiano, hay una pequeña laguna artificial con algunos patos junto a un bosquecillo donde cuatro ñandúes se dedican a picotear el suelo de la mañana a la noche.

Entre el casco y la casa de huéspedes, El Vigilante tiene capacidad para 12 visitantes y dispone de cómodas habitaciones con hogar a leña. Además de las cabalgatas por la estancia, se hacen paseos en sulky e incluso se puede aprender algunas labores de campo, como ordeñar una vaca, enlazar o arrear ovejas, quizá lo que más divierte a los chicos. También hay una piscina y un espacio para jugar al crocket y al sapo.

Las arboledas que rodean el casco ofrecen la abundante sombra de colosales magnolias, eucaliptus, paraísos y cedros. Al fondo se extienden los campos verdes donde sólo se yerguen cinco palmeras yatay.

Si de cocina se trata, el plato más esperado es el célebre corderito asado, que se sirve al aire libre bajo los árboles. La noche es el momento de las pastas, con tallarines y canelones de verdura. Y para los postres llegan un delicioso flan casero y los panqueques con dulce de leche ✺

Noticiero

Gravamen marítimo

A partir del próximo verano, los pasajes marítimos emitidos en el país para residentes argentinos serán gravados con una tasa del 5 por ciento, en aplicación del art. 24 de la Ley Nacional de Turismo 25.997, que ya preveía un impuesto para los pasajes aéreos. La medida afectará sobre todo a los pasajeros de cruceros que se embarcan en la Argentina rumbo a Brasil y Chile, y el plazo para su entrada en vigor se debe a que "a los cruceros hay que darles previsibilidad", según dijeron a **Turismo/12** fuentes de la Sectur. La medida servirá para financiar el nuevo Instituto de Promoción Turística, un ente de derecho público no estatal de conformación mixta, instrumentado en la misma ley, que tiene el objetivo de desarrollar y ejecutar planes, programas y estrategias de promoción del turismo receptivo internacional, afianzando la imagen del país en el exterior.

Todo listo en Alemania

Las autoridades del Turismo y Marketing de Berlín, junto a representantes del Aeropuerto Internacional de Munich, presentaron en Buenos Aires la oferta turística de ambas ciudades, en vistas al Mundial de Fútbol que se realizará este año en Alemania. Durante el año pasado, Berlín fue la ciudad más visitada de Alemania, y fue la tercera más elegida de Europa después de París y Londres. Desde allí se llega, en 90 minutos de tren, a las sedes de Hamburgo, Hannover y Leipzig, donde se disputarán partidos del Mundial. Informes: *www.berlin-tourist-information.de*

Córdoba record

La actividad turística de Córdoba aumentó un 7 por ciento durante la primera quincena de febrero respecto del mismo período del año pasado, con 50 mil nuevos turistas. La provincia, estimó Carlos Alesandri, titular de la Agencia Córdoba Turismo, está "batiendo sus propios records". En los primeros 15 días de este mes, hubo 730 mil turistas, y se registraron ingresos por 400 millones de pesos.



RELATOS DE VIAJE *George Musters en la Patagonia*

Travesía con los tehuelches

En 1869, el viajero inglés George Musters se unió a un grupo errante de tehuelches para recorrer la Patagonia. Y dos años después publicó en Londres *Vida entre los patagones*, un diario de viaje sobre esa increíble cabalgata entre el estrecho de Magallanes y el río Negro, donde muestra a los temidos indios como seres entrañables con quienes pudo convivir en sus tolderías y compartir en los términos más amistosos una travesía rebosante de aventuras.

POR GEORGE CHAWORTH MUSTERS *

En abril de 1869, el azar me llevó a nuestra remota colonia de las islas Malvinas con el propósito de tomar allí un pasaje para Buenos Aires, donde debía arreglar unos asuntos comerciales. Mientras estuve en esa colonia, la costa de la Patagonia era un tema frecuente de conversación. Yo había leído ya con delicia, durante mi estancia en la costa sudoriental de América, la obra de Mr. Darwin sobre la América del Sur, así como la admirable narración del viaje del "Beagle" por Fitz Roy; y abrigaba desde entonces un fuerte deseo de penetrar, si era posible, en el poco conocido interior del país. En esa circunstancia pareció que al fin se presentaba una ocasión favorable para realizar el acariciado proyecto de atravesar el país desde Punta Arenas hasta el río Negro, Valdivia o Buenos Aires. Los informes que me habían dado sobre el carácter tehuelche y sobre la deleitosa diversión de la caza del guanaco, me hicieron ansiar más que nunca la realización de ese plan; y, como conocía medianamente el español, lengua que muchos de los indios saben bien, me parecía posible cruzar sin peligro el país en compañía de algunas de las partidas errantes de indígenas. Por consiguiente, emprendí una activa campaña en busca de informaciones sobre la mejor manera de conseguir una recomendación para los indios, que aseguraría probablemente su beneplácito. (...)

Armado así de credenciales, y pertrechado con una manta de piel de guanaco, un lazo y una boleadora, aproveché el ofrecimiento de un pasaje hasta el estrecho, que me hizo un viejo amigo que se dirigía a la costa occidental...

En el curso de una larga marcha de 30 millas, o poco más o menos, no se vio agua, hasta que al ponerse el sol llegamos al campamento situado en un cañón; pero en el camino uno que otro parche de nieve bastó para satisfacer nuestra sed. Yo cabalgaba en compañía de un indio llamado Chang, que se puso a hacerme preguntas, empezando por "¿Quién es el cacique de los ingleses?". Le expliqué que era su graciosa majestad. "¿Está casada? ¿Es viuda? ¿Tiene hijos? ¿Cuántos? ¿Tiene muchos caballos y yeguas, y adornos de plata?"

El 27 llegamos a un lugar llamado Gegel, situado a orillas de un río rápido, probablemente el que desemboca en Puerto Deseado. Ese era el punto de desviación del camino del norte a Patagones para toda partida que fuera a cazar en los llanos occidentales. Durante nuestra permanencia en Gegel, cazamos en las tierras circundantes y en varias ocasiones notamos columnas de humo al sur, causadas al parecer por una partida que se acercaba. Esas columnas se mostraron al fin más próximas; y como no se viera respuesta alguna a nuestros fuegos de señal, se enviaron exploradores, pero éstos no trajeron ninguna información. Uno de ellos, sin embargo, aseguró que había encontrado rastros de muchos caballos, pero su reputación de mentiroso incorregible quitaba todo valor a su afirmación. (...)

Para mí era un misterio el hecho de que Orkeke, que hacía de guía, supiera dónde estábamos porque ora el borroso sendero se bifurcaba en diferentes direcciones, ora nos encontrábamos literalmente en medio de árboles caídos; en una selva tan espesa que la luz del día disipaba apenas sus sombras. Pero nuestro guía no vacilaba nunca; nos llevaba adelante, siempre con toda seguridad... Al fin empezamos el descenso; y después de pasar muchos canales de arroyuelos que salían de sus manantiales, donde un resbalón del caballo en las piedras húmedas y musgosas habría causado algo peor que huesos rotos, porque estábamos en el borde de un profundo barranco, salimos de los bosques y nos encontramos sobre una colina de unos trescientos pies de altura. Desde allí podía verse un ancho llano de forma triangular, limitado al norte por el río que pasaba por el barranco, y al sur por otro río que venía de ese lado, corrientes que se unían para formar una sola en el extremo occidental, a la distancia de una legua tal vez. Arriba y alrededor, por todas partes menos al oeste y en los barrancos por donde pasaban los ríos, se alzaba la muralla continua de las altas montañas de la Cordillera, con muchos de sus picos nevados todavía. No se oía ruido alguno fuera del que hacía el río en el barranco, y no se veía ningún signo de vida animal, excepto uno que otro cóndor que flotaba muy alto en el cielo azul. El panorama era sublime y lo contemplé en silencio durante algunos minutos; hasta que la pipa que me pasaron disipó todas las tendencias poéticas nacientes. Los indios permanecían silenciosos y parecían contrariados porque habían creído que íbamos a encontrar una manada de animales vacunos en el llano que teníamos a nuestros pies. Bajamos a él y cruzamos el río, en cuyas orillas crecía en abundancia la paja o hierba pampa, así como la caña parecida al bambú con que los araucanos fabrican sus lanzas, y una planta que los chilenos llaman talca, cuyo tallo, como el del ruibarbo, es jugoso y refrescante. Sobre la orilla y cuesta norte del barranco, detrás de nosotros, se alzaban graciosos pinos de sesenta pies de altura, de la especie de la araucaria, a juzgar desde lejos, porque una impenetrable barrera de rocas impedía acercarse a ellos; la corteza era imbricada, y el tronco se alzaba desprovisto de ramas hasta las dos terceras partes de su altura, como los que M. Gay representa. Después de salir del llano y de cruzar el arroyo poco profundo, nos quitamos las mantas y volvimos a cinchar a los caballos cerca de un árbol, en una espesura festoneada por una linda enredadera con flor de campanilla de color violeta y rayas oscuras. La variedad de las flores hacía un edén en ese sitio encantador; racimos colgantes de arvejillas olorosas, algarrobas, ricas corolas doradas, que parecían primorosas caléndulas, y muchas otras flores llenaban el aire de perfume y deleitaban la vista con su belleza. Siguiendo siempre hacia el oeste, entramos en un valle en el que se alternaban grupos de árboles y pastizales verdes, y habíamos andado como una milla cuando avisté desde una cresta, a un lado de ese valle, dos toros que pacían al otro lado del mismo, fuera precisamente de los espesos bosques que bordeaban las faldas de las montañas.

En voz baja se pasó la palabra al cacique; y, haciendo alto a cubierto de unos matorrales, se concertó un plan de ataque que se realizó en la forma siguiente: se despacharon dos hombres que arriaran a los animales hacia un claro donde se podría usar el lazo, y el resto de la partida bajó en dirección a ese claro con los lazos preparados, prontos para arrojarlos si los toros tomaban por ese lado. Por un rato permanecimos allí, recogiendo fresas, que en ese lugar habían madurado ya, aunque las plantas que habíamos visto hasta entonces estaban en flor solamente. Pasamos allí cinco minutos, esperando ansiosamente que nuestro plan resultara afortunado, cuando un aullido que llegó de la otra parte nos puso en alerta, y vimos con satisfacción que uno de los animales venía directamente hacia nuestro reparo. ¡Ay...! Justamente cuando nos disponíamos a saltar afuera, el animal se dio vuelta en la orilla del llano y, después de arremeter furiosamente contra sus perseguidores, se metió en una espesura donde se quedó a la expectativa. Inmediatamente lo rodeamos y, desmontando, avancé a pie para tratar de voltearlo de un balazo, pero cuando estaba detrás de un matorral, como a seis pasos del animal, apuntándole tranquilamente a la paleta, los indios ansiosos de carne vacuna y muy seguros en sus caballos a gran distancia de allí gritaron: "¡Más cerca!, ¡más cerca!". Salí de mi reparo, por consiguiente, y no había dado casi un paso cuando se me enganchó la espuela en una raíz; en el mismo instante cargó el toro. Retenido por la raíz, no pude saltar a un lado a tiempo; de modo que hice el disparo cuando el animal estaba como a una yarda de mí, esperando desviarlo, y al mismo tiempo me di vuelta para evitar que sus cuernos me cogieran "de banda", como dicen los marineros. Pero el disparo no lo desvió, y el toro me echó al suelo, pasó por arriba de mí, siguió al galope llevando triunfalmente en sus cuernos el pañuelo que se me cayó de la cabeza, y fue a detenerse a unas cuantas yardas de distancia al abrigo de otro matorral. Me levanté, y como vi que mis brazos y piernas no habían sufrido nada, le hice otro disparo; pero no tenía el pulso firme, y lo herí sólo en el flanco. Como se me habían agotado los cartuchos, me dirigí adonde había dejado el caballo, y entonces advertí que, aparte de estar bastante aporreado, tenía dos costillas rotas.

Los indios me rodearon demostrando gran ansiedad por saber si estaba muy lastimado. Uno de ellos, más valiente que los demás, juró, a pesar de las advertencias del cacique, que intentaría enlazar al toro, y se acercó al animal enfurecido, que por un momento no se movió absolutamente; pero cuando el indio iba a soltar ya el lazo, se le enganchó en una rama, y antes que pudiera sacarlo de allí, el toro estuvo sobre él. Vimos que el caballo daba dos o tres coces inútiles al sentir que el toro lo corneaba; y al fin éste lo levantó en peso, dejándole sólo las manos apoyadas en el suelo, en tanto que el jinete iba a dar de cabeza dentro de un matorral. Acudimos para atraer al toro hacia otra parte, y fuimos a buscar luego el cadáver de nuestro compañero; pero con gran sorpresa vimos que éste salía del matorral sano y salvo, aunque su caballo había muerto ✺

* *Autor de* Vida entre los patagones. *Editorial El Elefante Blanco (2005).*